

Christophe DEJOURS, Jean-Philippe DERANTY, Emmanuel RENAULT, Nicholas H. SMITH, *The return of work in critical theory: Self, society and politics*, New York, Columbia University Press, 2018, 231 págs.

En filosofía la reflexión sobre el trabajo ha sido un desierto teórico y, a menudo, un vacío analítico de las teorías de la sociedad. La trayectoria de confluencia e investigación conjunta de los autores de este libro avanza progresivamente hacia una teoría sólida del trabajo y una concepción crítica de la organización de éste. Tras varios años de indagación en torno al sufrimiento laboral, el sufrimiento social y la relación entre neoliberalismo y nuevas formas de organización del trabajo, estos autores han logrado producir una obra en la que el tono coral no sólo se advierte por la interdisciplinariedad con la que se ha escrito, o por la variedad de registros que abarca desde un planteamiento con dimensiones normativas hasta la reflexión a partir de varios casos empíricos¹, sino también por la convergencia de los planteamientos a la hora de alumbrar una teoría del trabajo. La teoría a la que apuntan alberga al mismo tiempo una concepción compartida del sujeto, un modelo de subjetividad desde una psicología que no relega al cuerpo a un papel secundario, y unas nociones de identidad, vínculo social y crítica que apuntalan el modelo desde el que analizarán los malestares que produce la organización actual del trabajo.

El libro parte de dos de las principales preocupaciones en torno al trabajo, el desempleo y la precariedad, avanzando hacia un análisis de los malestares más frecuentes hoy en día, que a menudo son reducidos por numerosas investigaciones al fenómeno de “acoso laboral” (págs. 51, 52 y 55), pero que tienen, no obstante, una dinámica más profunda y una fuente en la organización actual del trabajo. Las consecuencias de las prácticas del *management*, como la evaluación individualizada del rendimiento, la calidad total y la estandarización de procedimientos, que llevan varias décadas siendo estudiadas desde la psicodinámica del trabajo, han sido recogidas por el concepto de “sufrimiento laboral” de Christophe Dejours y compartido por los cuatro autores.

Las presiones estructurales que configuran la organización actual del trabajo responden a la habitual necesidad de abaratar costes, ajustando el coste del factor trabajo y racionalizando máximamente el proceso productivo. La formalización y

¹ El caso que sirve principalmente a ese propósito en este ensayo es la intervención de Christophe Dejours como asesor en la gestión del trabajo de un plan urbanístico a diez años, donde los métodos habituales del *management* pueden minar la subjetividad de los trabajadores y, por lo tanto, se requiere crear las condiciones y los espacios de deliberación para que los trabajadores puedan desempeñar su tarea en el largo plazo sin consecuencias negativas para la psique y para la ejecución del proyecto. Pero, los planteamientos de Dejours provienen de otras investigaciones en empresas como Renault.

cuantificación de procedimientos y resultados no dejan espacio a la subjetividad de los trabajadores, a quienes se exige un plegado absoluto a las prescripciones del trabajo (las reglas concretas de la actividad). En este escenario, las condiciones de desempleo y precariedad van a ser puestas en relación con una serie de fenómenos que restringen la autonomía del sujeto en el trabajo y lo sitúan en abierta competencia con sus compañeros.

Los autores parten de una definición provisional de trabajo, empleada por Nicholas H. Smith en los primeros compases del ensayo. El trabajo sería una actividad que realizamos, dirigida a un bien, más allá del placer derivado de la propia actividad (pág. 7). Es una actividad o ejercicio del cuerpo y de la mente, es decir, implica un esfuerzo físico y mental, y, en la medida en que el cuerpo es un todo implicado en el trabajo, no un conjunto de elementos discretos, lo habitual es una síntesis de los esfuerzos físicos, mentales y emocionales. “Esfuerzo” implica que tiene lugar una resistencia a la voluntad del agente, y tal gasto de energía humana viene acompañado siempre por un indicador fundamental, la fatiga. Pero, en la definición de trabajo de la que parten y que aspiran a profundizar, el trabajo es fuente de sufrimiento y de placer, depende de la organización de éste y del resultado del envite de la actividad sobre la psique del trabajador que el trabajo fortalezca al sujeto, que resulte una experiencia vivificante o, por el contrario, que constituya una experiencia negativa o degradante. Por todo ello, esfuerzo y placer no son excluyentes, y la crítica que plantean no reduce el trabajo a una experiencia de dominación irrestricta.

Su definición de trabajo permite realizar varias distinciones. En primer lugar, no agota el trabajo en el concepto de empleo, ni en su forma salarial ni bajo la forma de prestación de servicios. La amplitud de su definición permite calificar como trabajos otro tipo de actividades como las tareas reproductivas o el trabajo emocional desempeñado en distintas tareas del sector servicios. Si bien la concepción crítica del trabajo que plantean, en su dimensión analítica y de diagnóstico, se podría haber beneficiado de un diálogo con reflexiones teóricas que arraigan directamente en Marx y la teoría crítica, como la lectura de Moishe Postone del trabajo como relación históricamente específica del capitalismo², la concepción cuasi-an-

² En el planteamiento de Postone, y en cierta medida también de las nuevas lecturas de Marx, el trabajo media de tal modo entre las prácticas sociales y las posiciones de poder que constituye, en el capitalismo, “un nuevo modo de interdependencia social” (Postone, “Repensando a Marx (¿en un mundo post-marxista?)”, en Jorge GARCÍA, Alberto RIESCO (eds.), *Lo que el trabajo esconde*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2005, pág. 263). En el capitalismo prima el lado abstracto del trabajo, el

tropológica de estos autores permite atender a la dimensión subjetiva del trabajo de una manera inédita en filosofía. No obstante la amplitud del concepto de trabajo que ensayan, las experiencias concretas en las que se declina permiten no desatender otras actividades no asalariadas, con lo cual quedaría abierto el camino para una convergencia con planteamientos como el de Postone o los de la economía feminista³, posibilitando una aclaración de las diferencias entre las formas premodernas de trabajo y el carácter de la imposición del trabajo en condiciones capitalistas. Así, la distinción entre trabajo y no-trabajo, o la minusvaloración de otras actividades que no producen valor en el capitalismo, pero que sustentan el proceso de valorización, contribuye a iluminar la especificidad de la relación social que constituye el trabajo y la interdependencia social que pone en juego, que en cierto modo es explicada por los cuatro autores como una particular “centralidad del trabajo” (págs. 27, 114-115, 197).

Frente al mito del fin del trabajo y de la automatización, y el tópico que liga desempleo a una reducción del total de horas trabajadas, Nicholas H. Smith comienza señalando que, pese al aumento del número global de desempleados, también “ha aumentado el número de personas que trabajan” (pág. 4), lo cual nos obliga a descentrar el diagnóstico del desempleo y ampliarlo al sur global. El trabajo sigue siendo una experiencia central para la mayoría de la población, así como la ausencia de éste, tanto por su capacidad para conformar la identidad como por la influencia que tiene en la organización temporal de las vidas. Recogiendo estudios clásicos sobre el impacto del desempleo y del miedo a éste sobre los trabajadores, como el estudio de Marie Jahoda sobre los parados de Marienthal, ahondan en los determinantes sociales de la vida psíquica y de la salud, mostrando una serie de elementos fundamentales de la psique que califican de “necesidades psicológicas”, “categorías de experiencia básicas y necesarias en la vida psíquica de cualquier persona” (pág. 29), que son al mismo tiempo uno de los subproductos del trabajo. Lo que en las condiciones actuales se vive como miedo o incertidumbre en relación al desempleo, o como desequilibrio desquiciante entre el trabajo y la vida personal, está en estrecha relación con las dificultades impuestas sobre esas necesi-

gasto indiferenciado de energía humana, de trabajo descalificado, al margen de toda consideración por lo concreto de los trabajos. El papel central del trabajo en una teoría crítica y materialista está estrechamente relacionado con su contribución a la constitución de formas objetivadas (mercancía, dinero, capital) que atraviesan enteramente todo ámbito social.

³ Para una revisión de estas posibilidades pueden consultarse Álvaro BRIALES, “Para una crítica de todos los trabajos”, *Encrucijadas*, 7, 2014, págs. 153-179, y también Amaia PÉREZ-OROZCO, *Subversión feminista de la economía*, Madrid: Traficantes de sueños, 2017 [2014].

dades psicológicas, que vendrían a ser una experiencia del tiempo, una red de contactos, la experiencia de tener propósitos sociales, que la provee el trabajo o el hecho de poseer una identidad profesional, y la conciencia de estar insertos en una actividad regular.

El impacto psíquico que supone la privación de la serie de relaciones sociales y autodesarrollo personal que provee el trabajo, además del acceso a los medios materiales de vida vía salarios, es un fenómeno a tener en cuenta en la medida en que el trabajo es una de las principales relaciones e instituciones sociales a la hora de conformar la vida psíquica del sujeto y proveerle cierta calidad de vida, en términos de bienes materiales y de identidad personal, pero también más allá del estatus, como satisfacción personal por el trabajo bien hecho. Como explica Deranty, tenemos un vínculo libidinal con el producto del trabajo que desborda el resultado, que tiene que ver con el proceso de la actividad, con el esfuerzo y el conocimiento invertidos en “las tareas de trabajo [que] implican un encuentro con los objetos y la materia donde se ponen a prueba nuestras habilidades”, y donde “el cuerpo se implica como protagonista directo, en todas sus capacidades sensitivas” (pág. 87). En esa línea, la actividad permite al yo trabajar sobre sí mismo, permite a la psique fortalecerse por medio del incremento de las capacidades del sujeto, en el sentido de habilidades corporales, intelectuales y de mayor reflexividad. Dicho de otro modo, “el yo se fortalece y crece en el desarrollo y cumplimiento de la tarea” (pág. 88), sobreponiéndose a la posibilidad del error o del fracaso, que exige poner en juego todas las capacidades. Si hay un interés por el trabajo bien hecho es porque contribuye al crecimiento de la vida subjetiva, toda vez que el sujeto “sale victorioso y fortalecido de los desafíos de lo real” (pág. 89). Cuando, en la gestión del trabajo, se generaliza la alusión a la “calidad total”, se pierde de vista que la calidad no atañe sólo al resultado, y, sobre todo, que las prescripciones terminan entorpeciendo la tarea, “aumentando el absurdo con el que se vive la situación de trabajo”, y resultando psicológicamente dañino a largo plazo (págs 90-91).

Las teorías de la elección racional a menudo suponen un sujeto transparente para sí mismo, que decide constantemente sin inercias, y que tiene consciencia de sus opciones y sus preferencias. Lo que suele ocurrir, en consecuencia, es que proveen una concepción muy rígida del sujeto en la que no hay lugar para la opacidad o la incertidumbre. Contra la rigidez de ese modelo, propio de lo que califican como “liberalismo procedimental” (págs 10-12), esbozan su concepción del sujeto. Lo interesante de ésta es la importancia que dan al hiato entre prescripción y reali-

zación, fundamental a la hora de proveer un “anclaje a la realidad” (pág. 86), y la primacía de la dimensión somática que defienden a lo largo del ensayo. Las reglas a seguir en el trabajo requieren siempre “un sujeto que las aplique en casos concretos” (pág. 8), de donde se derivan la mayoría de tensiones y conflictos. No siempre es posible seguir las reglas prescritas por la organización y los desafíos que plantea la actividad de trabajo obligan a entender el trabajo como algo que desborda lo cuantificable.

Los desafíos que presenta la dimensión técnica de lo real del trabajo, les llevan a plantear la psique como “un proceso homeostático” (págs 78-81), como un proceso en el que el sujeto se esfuerza por lograr un equilibrio entre los recursos internos, los recursos externos y las demandas o exigencias del medio⁴. En dicho proceso de desafío y adaptación es fundamental el impacto del trabajo sobre el cuerpo, dado que “los yoes humanos no son meras conciencias; son conciencias encarnadas” (pág. 82), de manera que mente y cuerpo no serían dos ámbitos separados compuestos por elementos discretos. Se trata, por el contrario, de abordarlos como un todo, un conjunto unitario que es la subjetividad encarnada, en el que sin embargo también hay parcelas de relativa autonomía, de reflexividad más allá de los imperativos del cuerpo y de procesos del cuerpo más allá de la conciencia (págs 82-83). A los autores les parece fundamental este modelo de sujeto-cuerpo porque en lo concreto del trabajo el yo trabajador es un yo encarnado, la relación del sujeto con su espacio de trabajo y con las herramientas o medios de los que hace uso constituye una imbricación que tiene lugar por intermediación del cuerpo, y, más concretamente, es una dimensión fundamental a la hora de constituir la psique humana, por cuanto la conciencia es también un proceso de auto-apropiación del cuerpo: “El cuerpo llega a ser el cuerpo del sujeto a través de un largo proceso de subjetivación, del cual buena parte consiste precisamente en habitar y domesticar el cuerpo biológico, dicho en bruto, con la intención de hacer del cuerpo el cuerpo de uno mismo” (pág. 82). En este punto, los referentes fenomenológicos son explícitos, pero sobre todo adquiere un peso particular la cercanía con el planteamiento del “cuerpo propio” en la *Fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty. Asimismo, la noción de “habitus” de la sociología de Bourdieu es explícitamente mencionada como una concepción análoga a la que manejan. El planteamiento parece aunar ambas teorías al relacionar reflexividad y auto-apropiación corporal, siendo coherente con el

⁴ A este respecto, toman la distinción de Canguilhem entre “salud” y “enfermedad” para esbozar el trabajo de la psique como la capacidad para adaptarse a los desafíos del entorno (pág. 81).

abordaje psicosomático del sujeto en la obra de Dejours⁵, pero la orientación política del ensayo da un paso más planteando un modelo de sujeto y de crítica social en confrontación explícita con el liberalismo, puesto que entienden el yo como algo más que la capacidad de elegir entre varias opciones y como algo más que un sujeto de derechos.

Antoni Domènech ya midió las deudas del individualismo metodológico con la racionalidad práctica moderna, defendiendo el modelo griego de praxis aportando una visión más rica de los distintos órdenes de creencias, preferencias y deseos, y de la importancia de los flujos de información para la ética o la teoría social. Así, planteaba que “excluir toda información que no tenga que ver con las consecuencias de la acción impide atender a parcelas muy importantes de la acción humana sobre el medio”⁶. Frente a esa unidireccional propia de las teorías utilitaristas, se nos plantea la necesidad de ensanchar el margen de la dimensión subjetiva de la acción humana en general y del trabajo en concreto. La teoría gana en capacidad explicativa y en prestaciones epistemológicas cuando se amplía a una valoración de las acciones autotéticas, es decir, aquellas en las que lo que cuenta es el proceso y no la meta (por ejemplo, el trabajo o la participación política). Esa demostración del carácter procesual de las relaciones sociales, en sus dimensiones ética, política o social, deja en evidencia las limitaciones de un lenguaje puramente consecuencialista, que no es capaz de trascender el marco provisto por las sociedades de mercado.

La teoría del sujeto que se maneja en este ensayo pretende superar esa ceguera ante las dimensiones subjetivas del trabajo, también habitual en la reticencia de los sindicatos y las izquierdas históricas a la hora de abordar dicho ámbito subjetivo. Ante tales limitaciones, este ensayo opera con un principio fundamental: lo real del trabajo no se ajusta a las prescripciones, tiene lugar, en cambio, una brecha fundamental entre las reglas de trabajo y lo que realmente exige el desempeño de la tarea, que a menudo demanda un esfuerzo adicional para lidiar con imprevistos,

⁵ En otros trabajos Dejours plantea que “la afectividad es un estado del cuerpo”. En el contexto del trabajo, el concepto de “sujeto” se hace necesario para entender los mecanismos psicoafectivos que no se captan con el mero concepto de “trabajador”, ya que en esa dimensión tienen lugar procesos no visibles que, pese a no ser cuantificables, son de la mayor importancia. Véase Christophe DEJOURS, *Trabajo y sufrimiento*, Madrid: Modus Laborandi, 2009, págs. 42-43, 56, 59. Para una revisión de la relación entre cuerpo y trabajo véase Pablo LÓPEZ, “La plasticidad forzada: cuerpo y trabajo”, *Daimon*, 5, 2016, 679-688.

⁶ Antoni, DOMÈNECH, *De la ética a la política: de la razón erótica a la razón inerte*, Barcelona: Crítica, 1989, pág. 348.

lo cual anuncia el carácter interpretativo del trabajo. En consecuencia, lo real del trabajo consiste en la sutura constante de los desafíos de la actividad y la ejecución de las reglas, un esfuerzo que exige la movilización de todos los recursos de la inteligencia, con independencia del nivel de cualificación del trabajador (págs 73-77, 83, 92).

La dimensión técnica del trabajo, en el sentido de un conjunto de medios y habilidades que se ponen en juego en la ejecución de la tarea, constituyen una presión añadida que tiene que ver con la vergüenza que supone hacer públicas las trampas o los trucos empleados para salvar la tarea, sobre todo cuando el ambiente de trabajo es de sospecha y desconfianza. Pero es fundamental, en el cruce entre las dimensiones técnica y social del trabajo, que exista un reconocimiento explícito de ese margen de distanciamiento con respecto a las reglas en su relación con la necesaria cooperación entre los trabajadores. Por ello se subraya en este ensayo la dimensión colectiva del trabajo y la necesidad de espacios de deliberación para que tenga lugar una cooperación efectiva.

La manera de proceder a la hora de enfrentarse a estos fenómenos es un estudio inductivo, la descripción y la crítica inmanente de éstos, un método que es apuntado por una exposición de la concepción crítica del trabajo a cargo de Emmanuel Renault, mediante una reflexión sobre los estándares de la crítica y la elevación a demanda explícita de los conceptos de “justicia” y “autonomía” ante experiencias negativas de trabajo. Son principios sobre los que el trabajador no opera siempre consciente y explícitamente, pero cuya falta o incumplimiento acusa y, por consiguiente, plantea como demanda en positivo ante la amenaza o la reducción efectiva de éstos. Como se expone en los primeros capítulos, el sujeto está conformado psíquicamente por las exigencias de la técnica y por la dimensión social del trabajo, en el seno de la cual el sujeto se relaciona con otros sujetos, compañeros de trabajo o superiores. A menudo los resortes subjetivos de lo real del trabajo y los desafíos que plantea la actividad son pasados por alto, tanto en las teorías contemporáneas del *management*, al servicio de los requerimientos del capitalismo neoliberal, como en las teorías sociales que se pretenden críticas. Frente a esos modelos objetivistas de descripción o de crítica social, defienden un modelo *experiencialista*, que arraigue en lo concreto de la experiencia del trabajo, pero no desprovisto de herramientas para conceptualizar ámbitos más generales, puesto que lo que hoy se demuestra en la homología entre las distintas manifestaciones de sufrimiento laboral es el carácter colectivo de la experiencia contemporánea del trabajo, de cierta expe-

riencia negativa de éste, a partir de la cual puede elaborarse la teoría. Si la crítica ha de guiarse por algún estándar, la constatación de esos malestares es un comienzo.

El arsenal conceptual de los modelos objetivistas de crítica está diseñado para blindarse ante objeciones escépticas (pág. 133), haciendo pie en las teorías de la elección racional o, en otras versiones, en cierta noción de razón pública. El formalismo que arrastran estos modelos se debe a que reducen su concepto de “norma” o de legitimidad al filtro del test de racionalidad: si un hecho o una relación social es racional es susceptible de ser universalizada. Este modelo, aplicado a las distintas experiencias de trabajo, oscurece los resortes subjetivos de lo real del trabajo, sus relaciones sociales y sus dinámicas internas, mientras que la obsesión por la objetividad de la mirada crítica a menudo “va en detrimento de las descripciones detalladas de los fenómenos sociales mismos” (pág. 134).

Como explica Deranty en los capítulos previos, existen límites irrebasables, más allá de los cuales se le impide a la subjetividad enriquecerse y dotar de un significado a la actividad realizada, situación en la que el trabajo “no podrá movilizar la subjetividad del individuo”, teniendo efectos mortificantes sobre el yo, “haciéndolo menguar o llevándolo a la regresión” (pág. 91). Por ello se parte de lo negativo de la experiencia contemporánea del trabajo antes que de una propuesta en positivo. El problema de la habitual falacia naturalista es que convierte la falta de objeciones en legitimidad de una relación social, pero, como bien señala Renault, “la cuestión es si las condiciones sociales que hacen del trabajo una experiencia sin sentido, y del trabajo una relación meramente instrumental, pueden ser cambiadas o no, y, en tal caso, si tales cambios estarían en conformidad con normas de justicia y expectativas orientadas a una mayor autonomía” (pág. 133). Lo que defiende Renault es una “primacía metodológica de la experiencia, y de las experiencias particulares pensadas en sus contextos sociales específicos” (pág. 142). Primacía que se justifica por la triple precisión analítica y práctica: es un método con precisión fenomenológica porque no elude el contenido subjetivo de la experiencia, es sociológicamente preciso porque inserta los problemas abordados en relaciones sociales específicas intentando identificar las fuentes de los malestares en el trabajo (los métodos empleados en una “mala” organización del trabajo), y es políticamente preciso porque no enarbola principios abstractos por cuya generalidad se apliquen a cualquier situación, sino que parte de la experiencia negativa para indagar finalmente en la posibilidad de su transformación, no conformándose con una me-

ra adaptación (págs 144-145). Por todo ello los autores de esta obra afirman presentar un mejor modelo para la crítica social que el planteado por las teorías liberales. Es un modelo de teoría crítica que retoma la idea de “teoría crítica de la sociedad” de Horkheimer y Adorno (pág. 148), apuntando no sólo a enunciar una teoría desde el punto de vista de las contradicciones sociales y de la transformación, sino a proveer instrumentos que puedan ser empleados por aquellos a quienes atañe esa transformación, aquellos más directamente inmersos en experiencias de trabajo degradantes. La aportación de la teoría, en el sentido que le confieren estos autores, permitiría a los sujetos implicados comprenderse en el trabajo, criticar una organización que se dice eficiente pero sólo plantea obstáculos al trabajo real, e identificar las injusticias en un momento en el que las condiciones de hostilidad y competitividad insensibilizan e impiden reaccionar.

El modelo que defienden es pluralista y no unitario, parte de lo concreto y procede mediante una crítica inmanente, usando métodos inductivistas y “negativos”. Comienza con “la pluralidad de problemas sociales que una concepción crítica del trabajo tiene que abordar, y se centra en las correspondientes experiencias negativas que hacen explícito un conjunto de expectativas que podrían ser articuladas bajo estándares normativos de lo que el trabajo podría y debería ser” (pág. 148). Pero, más allá del diagnóstico y la denuncia, la forma en que identifican estos problemas puede ser de utilidad para los propios autocomprensión de los propios trabajadores y para un replanteamiento de la gestión del trabajo, a lo que apunta el capítulo final escrito por Dejours, donde se anuncia la posibilidad de un *management* cooperativo.

Si la evaluación del individualizada del rendimiento mina la solidaridad y la reciprocidad en las relaciones laborales, aumentando la presión sobre el trabajador, “constituye una experiencia de dominación”, puesto que “incentiva la competitividad entre el colectivo (...) y es también una forma de imponer sobre los individuos la responsabilidad de volverse más productivos que sus compañeros, con quienes de todas formas tienen que cooperar” (pág. 156). La reducción de la autonomía que ahí se experimenta pasa por encima de la cooperación necesaria llevar a cabo el trabajo, cooperación ésta que requiere discusión y deliberación en el trabajo, aunque a menudo se consideren un tiempo improductivo. Pensar un modelo alternativo de gestión del trabajo, una forma de democratización de éste, sería una forma de reconstruir “hábitos democráticos que las instituciones políticas no pueden producir por sí mismas” (págs. 202-203), una tarea acuciante más allá de la alterna-

tiva entre propuestas revolucionarias o reformistas. Disputar los discursos gerenciales sostenidos por la dirección de las empresas sería un intento de revertir un proceso de insensibilización ante la injusticia, una trinchera frente al proceso de competencia mutua.

Sergio Vega Jiménez
vegasergio.94@gmail.com